

mo la ha realizado. A sus méritos de investigador concienzudo se unen sus facultades de artista emocionado que ya en otros libros nos ha contado bellamente sus impresiones y viajes. Es además un trabajador infatigable que dedica seguramente lo mejor de su juventud, y la mayor parte de sus horas, al noble afán de servir la cultura de su país, pues realiza un verdadero apostolado americanista, haciendo conocer la obra y la vida de nuestros más grandes próceres, (Bolívar, Bello, Vicuña Mackenna, O'Higgins, etc.). Por este camino, dada su fecundidad y su potencia creadora, no sería raro que su obra alcance las estupendas proporciones de la que realizó su ilustre antepasado don Benjamín Vicuña Mackenna, ese prodigioso ejemplar de chileno, que supo amar a su país por encima de todas las cosas de la vida.

Ha estado bien la crítica chilena, al justipreciar, en general, la obra de Eugenio Orrego, que por este camino marcha con paso seguro a ser uno de los más completos historiadores de nuestra América.—LUIS DURAND.



INTUICIÓN DE CHILE, por *Mariano Picón-Salas*.—Editorial Ercilla, 1935.

Mariano Picón-Salas, venezolano, radicado en Chile desde hace doce años, es sobradamente conocido por su variada actividad literaria. Autor de cuentos y novelas, conferenciante, ensayista, animador del periódico «Índice» que marcó una fecha y encauzó la inquietud de una generación, profesor universitario, su labor intelectual trasciende nuestras fronteras y es apreciada en los demás países del continente. Este hombre inquieto y culto se ha asimilado a nuestra tierra, y desde ella mira y trata de penetrar el confuso panorama de América. Desviándose cada vez más, por temperamento y por imposición de la época, de la pura literatura hacia el ensayo, nos ofrece una *Intuición de Chi-*

le y otros ensayos en busca de una conciencia histórica que tiene méritos bastantes para ser leída con placer y provecho.

Se ha observado con razón que, así como el siglo XIX es el siglo de la novela, el nuestro es el siglo del ensayo. Y también entre nosotros ante la empresa de descubrir espiritualmente a América, de proponer las fórmulas de su conciencia histórica y cultural, los demás géneros están cediendo al ensayo su primacía.

¿Moda? ¿Influencia de lo europeo que se constata una vez más? En el fondo, quizás no otra cosa que la urgencia de tener explicaciones provisionales de un continente informe como el nuestro, que nos permitan ubicarnos, como latinoamericanos, ante los precipitados sucesos del mundo. El paciente trabajo de acopio histórico a que se consagraron los mejores hombres de letras del siglo pasado, es demasiado lento para hoy. Aun a riesgo de su calidad esencialmente transitoria, y de que quien las dé se equivoque o nos engañe, se requieren visiones rápidas, lo más completas posibles, como llamaradas que iluminen el caos de que salimos y nos permitan entrever un camino y una posición. Picón lo dice en el prólogo de su libro: «Es difícil escribir para la eternidad en nuestra América del Sur». No sólo es difícil, sería absurdo. El más duro trabajo, y el que mirado con la perspectiva del tiempo resulta también más eficaz, es el de los hombres a quienes angustiaron los problemas de su época y pusieron la entraña de su ser para tratar de esclarecerlos. «Es preferible para un escritor vivir su tiempo... Sólo por lo temporal recoge el hombre una chispa del cosmos». Para Picón, la manera de vivir intelectualmente su tiempo es el ensayo.

El libro, aunque dividido en tres partes, como en un intento de unidad, no es el resultado de una elaboración orgánica, sino una colección de trabajos diversos. Lo que, si bien nos priva de una visión total y coherente, tan grata a ciertos espíritus, nos permite en cambio ver cómo el ensayista enfoca y propone a su don intuitivo los más variados temas.

En *Intuición de Chile*, que es el ensayo más considerable y el que da su nombre al volumen, Picón nos ofrece una interpretación geográfica, histórica y social de nuestro país. Hay en él observaciones agudas y profundas, verdaderos hallazgos explicativos que sólo una mente extranjera podía realizar al penetrarse profundamente de lo nuestro.

«Contrastes económicos entre la industria del norte y la agricultura del centro y del sur, contrastes espirituales y étnicos, como el de la aristocracia y el pueblo, que expresan mundos diversos; contraste entre la historia popular y la historia oficial, hacen que el alma de Chile no pueda captarse inmediatamente. La sociología chilena debe avanzar por una zona de prejuicios, por un vestíbulo de mitos, porque aquí no se realizó, como en otros países de América, la simbiosis turbulenta de las revoluciones y guerras civiles».

Entre estos contrastes, por esta zona indecisa y desorientadora, el ensayista se interna certeramente en lo característico de Chile, descubre las paradojas de su historia y la actitud vital de sus habitantes, y estima que «al bloque cultural y político latinoamericano, con que ya soñamos para salvarnos, Chile aporta su tradición de pueblo sagaz y tranquilo, que conoció el Estado mientras otros vivían en la polvorosa montonera».

Hay en todos los ensayos de Picón-Salas la honrada posición del hombre que sugiere puntos de vista, que ahonda en la explicación de los hechos sin incurrir en dogmatismos. Por esto, son ricos, en cuanto exaltan el pensamiento del que lee en vez de oprimirlo bajo afirmaciones rotundas. No impone, propone a nuestro interés cuanto ha observado y asociado. Por eso mismo, sin duda, su manera de discurrir es la del que ciñe y rodea el problema, y lo ahonda observándolo sucesivamente desde distintos puntos, mezclando lo abstracto y el detalle concreto y característico. Sus argumentos no se encadenan con la marcialidad rigurosa que prefieren las mentes discursivas. No pretende

probar tesis preconcebidas, ni puede subordinar su inteligencia de las cosas a un prejuicio: se limita a mostrarlas tal como le aparecen, con todos los matices que sabe descubrir en ellas.

Mariano Picón-Salas es, además, un hábil escritor. Su estilo flúido, armonioso, rico en los más inesperados efectos, cargado de sugerencia y de una especie de voluptuosidad ágil, es el más adecuado al género literario que cultiva, y llega a veces, como en las breves páginas que dedica a Goethe, a un grado de perfección poco común. —OSCAR VERA L.



ALUVIÓN DE FUEGO.

La literatura boliviana vive tan enclaustrada como su territorio. No es, sin embargo, un efecto de su mera mediterraneidad. Colombia, con dos océanos azotándole los flancos, sufre un mal semejante. Poco a poco, para el común de las gentes, Colombia se reduce a la generación que periclita en Guillermo Valencia, y, luego, bruscamente, tras el surgir en José Eustasio Rivera, incide en la transformación política operada con el advenimiento del Partido Liberal al poder, singularmente, con el advenimiento de Alfonso López.

Bolivia empieza a perder su insularidad—ironía hablar de insularidad cuando uno se refiere a un país sin costa—a raíz del conflicto bélico del Chaco. La guerra ha sido un acicate y va a ser una transformación. Hace poco, cotejando la producción de algunos escritores jóvenes de Bolivia, por ejemplo el caso de Fernando Diez de Medina, yo destacaba la evidente aristarquia que ahí se insinuaba. Una especie de sumersión en sí mismo. Voluptuosidad de estar solo, o, lo que es diverso, aislado. Porque el aislamiento no es soledad, sino atrincheramiento. Los solitarios lo serán siempre, aunque vivan entre multitudes, pero los aislados tienen que huir de éstas para sentirse solos.